



EL BARCO
DE VAPOR

Bronce y Girasol

Cao Wenxuan

Ilustraciones
de Alfonso Ruano



sm





EL BARCO
DE VAPOR

Bronce y Girasol

Cao Wenxuan

Ilustraciones de Alfonso Ruano

Traducción de Ana H. Deza



Primera edición: septiembre de 2017

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Paloma Muiña
Coordinación gráfica: Marta Mesa

Título original: *Bronze and Sunflower*
Traducción: Ana H. Deza

Publicado originariamente en China
por China Children's Press and Publication Group.
Todos los derechos reservados.

© del texto: Cao Wenxuan, 2017
© de las ilustraciones: Alfonso Ruano, 2017
© Ediciones SM, 2017
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-9185-9
Depósito legal: M-22310-2017
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

● 1

UNA BARQUITA DE MADERA

GIRASOL IBA DE CAMINO hacia el río. Había terminado la estación de las lluvias y el cielo, antes oscuro y pesado, se abrió vasto y resplandeciente. El sol, que llevaba días sin dejarse ver, lo surcaba como un riachuelo fresco.

Todo estaba húmedo: la hierba, las flores, los molinos de viento, las casas, los búfalos, los pájaros, el aire. Girasol también lo estuvo enseguida. El pelo se le pegaba a la cabeza, haciendo que pareciera mucho más delgada de lo normal, pero su carita, naturalmente pálida, rebosaba de vida.

A lo largo del camino, las gotas, colgadas de la punta de las briznas de hierba, se fueron pegando a las perneras de sus pantalones, empapándolos. El sendero estaba lleno de barro y, después de que los zapatos se le hundieran unas cuantas veces, se los quitó, agarró uno con cada mano y siguió avanzando descalza por el lodo frío. Al pasar por debajo de un arce, sopló una brisa suave que sacudió la copa. Las gotas de agua cayeron sobre ella y resbalaron por su cuello. Girasol se encogió, encorvó los hombros y alzó la vista. Las ramas estaban llenas de hojas brillantes y limpias, lavadas tras tantos días de lluvia.

El río la llamaba; oyó el sonido del agua que fluía y corrió hacia allí.

Se acercaba al río casi a diario, porque al otro lado había un pueblo, uno con un nombre precioso: Damaidi, que significa «los campos de cebada». En la orilla donde estaba Girasol no había más niños que ella. Era la única, como un pájaro solitario en medio de un cielo azul inmenso, sin otra compañía que el sonido de sus propias alas. Un cielo que se perdía en el infinito y solo se rompía de vez en cuando con la aparición de una o dos nubes; era descomunal e inmaculado, como una turquesa sin ningún defecto. Si el pájaro canta, abrumado por la soledad, el sonido solo hace que el cielo parezca más vacío aún.

En aquel lado del río se extendía un cañaveral inmenso, suave y pacífico hasta donde alcanzaba la vista, como lo había hecho desde hacía siglos. Sin embargo, aquella primavera había ocurrido algo: unas garzas se alzaron sorprendidas de sus nidos y la bandada entera echó a volar con una gran conmoción. Salieron de los juncos y sobrevolaron Damaidi, graznando escandalosamente, como si estuvieran deseando compartir su desgracia. No regresaron: su antiguo hogar entre las cañas del humedal ahora estaba lleno de gente. Personas extrañas, muy distintas a los aldeanos de Damaidi.

Procedían de la gran ciudad, y habían venido a construir casas, a domesticar la naturaleza, a sembrar cultivos y a construir estanques de peces. Cantaban canciones de la ciudad. Entonaban himnos a pleno pulmón, diferentes a todo lo que habían oído antes los aldeanos.

Al cabo de unos meses, se alzaban siete u ocho hileras de casas de ladrillo con techos rojos entre los juncos. Poco

después se levantó un mástil altísimo, y una mañana temprano apareció una bandera roja que ondeaba en el cielo como una bola de fuego.

La gente de la ciudad era como una bandada de pájaros que se hubiera posado en la tierra. Contemplaban a los aldeanos con curiosidad, y estos les devolvían la misma mirada. Era como si estuvieran cerca y a la vez muy lejos, como si pertenecieran a una especie distinta.

La gente de la ciudad hacía las cosas a su manera. Tenían su propio idioma, sus propias actividades y su propia forma de comportarse. Por el día trabajaban y, al caer el sol, se reunían en asamblea. Bien entrada la noche, los aldeanos veían luces brillantes y misteriosas a lo lejos, que centelleaban como los faroles de los pescadores en el río.

Los de la ciudad vivían en su propio mundo, y la gente de Damaidi pronto conoció el nombre de aquel mundo: «escuela de reeducación de cuadros del 7 de mayo», que acortaron y pasaron a llamar «escuela de cuadros»:

–Tus patos sobrevolaron la escuela de cuadros.

–Tu búfalo estuvo comiendo en los cultivos de la escuela de cuadros, así que se lo han quedado.

–Los peces del estanque de la escuela de cuadros ya pesan un *jin* –aproximadamente medio kilo.

–Esta noche ponen una película en la escuela de cuadros.

Y así sucesivamente.

Aquella no era la única escuela de cuadros de la zona. Había muchas más en el cañaveral. Las personas que vivían allí eran los cuadros, funcionarios del partido, y procedían de las grandes ciudades, algunas muy alejadas. Y no

eran solamente oficinistas: también había escritores y artistas. Habían venido a trabajar con las manos.

Los aldeanos tenían una idea vaga de lo que eran las escuelas de cuadros, pero no les importaban lo bastante como para indagar más. La gente de la ciudad no les causaba ningún problema –de hecho, hacían la vida más interesante–. Cuando pasaban por Damaidi, los niños del pueblo corrían detrás de ellos. Se quedaban mirándolos fijamente o los seguían, y se escondían detrás de un árbol o de un montículo de paja si se volvían y les sonreían. A los visitantes los niños les parecían encantadores, y les hacían señas para que se acercaran; los más valientes daban un paso al frente y la gente de la ciudad extendía la mano para acariciarles la cabeza. A veces les daban golosinas que llevaban en el bolsillo, y los niños comían los dulces y atesoraban los bonitos envoltorios: los alisaban y los metían entre las páginas de sus libros escolares. La gente de la escuela de cuadros compraba de vez en cuando cosas en Damaidi: melones, verduras, huevos de pato.

Los aldeanos también paseaban por el otro lado del río. Les gustaba ver cómo aquella gente criaba a los peces. Damaidi estaba rodeado de agua, y donde había agua había peces, pero a los campesinos nunca se les había ocurrido intentar controlarlos. Sin embargo, aquellas personas cultas de ciudad sabían lo que hacían. Ponían una inyección a los peces que les provocaba una intensa emoción: machos y hembras coleteaban y caracoleaban entre ellos, levantando espuma. Ellos esperaban a que se calmaran y después los atrapaban con sus redes: las hembras estaban llenas de huevas. La gente de la escuela de

cuadros masajeaba con cuidado sus vientres abultados. Los peces parecían disfrutar con aquello y, suavemente, expulsaban las huevas. Entonces las echaban a un gran cubo y las revolvían. Los incontables puntitos blancos pronto se convertían en negros y, unos días después, aparecían las colitas de diminutos peces. Los habitantes de Damaidi, jóvenes y viejos, los contemplaban asombrados: ¡la gente de la escuela de cuadros hacía magia!

Había otra cosa que despertaba la curiosidad de los aldeanos: en la escuela de cuadros había una niña pequeña, una niña de ciudad con un nombre del campo.



Girasol era una niña tranquila y amable, educada para ser ordenada y limpia. Había venido a la escuela de cuadros junto a su padre; su madre había muerto por una enfermedad hacía dos años y los padres de Girasol no tenían hermanos, así que no tenía más parientes que su padre. Allá adonde fuera, la llevaba consigo. Cuando lo enviaron a la escuela de cuadros, Girasol lo acompañó. Solo tenía siete años y era la única niña que había allí.

Cuando llegaron, a comienzos del verano, la niña lo encontró todo novedoso e interesante. Los cañaverales eran inmensos y parecían extenderse hasta el infinito. Girasol le tendió los brazos a su padre para que la levantara y poder ver más allá:

–¿Ves dónde acaban? –dijo él, sosteniéndola en alto.

Las hojas nuevas de los juncos se alzaban como espadas contra el cielo y se mecían en el pantano. Le recordaron al océano; frente a ella había otro mar vastísimo cuyas olas verdes se ondulaban y despedían una fragancia

fresca. Reconoció el olor del *zongzi*, el arroz glutinoso envuelto en hojas de bambú que había comido en la ciudad, pero allí el perfume era intenso, cargado de una humedad que la envolvía. Olfateó el aire.

—¿Ves el final? —insistió su padre, y ella negó con la cabeza.

Una ráfaga repentina convirtió el cañaveral en un campo de batalla. Las hojas como puñales cortaron el aire y una bandada de aves acuáticas se asustó y alzó el vuelo. Girasol se aferró al cuello de su padre. Le atraía el cañaveral, pero le provocaba un misterioso terror.

Desde aquel día, no quiso separarse de él. Le daba miedo que el humedal se la tragara, especialmente los días ventosos en que las olas de juncos se inclinaban de forma violenta a un lado y al otro. Cuando subían a la escuela de cuadros, la niña le agarraba la mano o se sujetaba a su chaqueta con los ojos negros repletos de preocupación.

Pero su padre había ido allí a trabajar: no podía estar con ella todo el tiempo. Formaba parte de un equipo que se encargaba de cortar las cañas y transformar el pantano en campos de cultivo y estanques de peces. En el amanecer brumoso, cuando sonaba la sirena, Girasol aún seguía dormida. Su padre sabía que, cuando se despertara y viera que estaba sola, se asustaría y lloraría, pero no tenía valor para arrancarla de sus sueños. Con sus manos ásperas y curtidas por el trabajo manual, le acariciaba las mejillas suaves y cálidas, recogía sus herramientas con un suspiro y cerraba la puerta sin hacer ruido antes de reunirse con los demás de camino al lugar de trabajo en la pálida niebla de la madrugada. Pensaba en ella durante todo el día.



Cuando recogía las herramientas, la luz de la luna ya iluminaba las cañas.

Así que Girasol estaba todo el día sola. Iba a los estanques a mirar los peces, se metía en las cocinas donde trabajaban los cocineros y luego vagabundeaba de una hilerera de casas a la siguiente. Casi todas las puertas estaban cerradas, pero de vez en cuando encontraba alguna abierta –porque había alguien enfermo o le habían asignado que trabajara en la propia escuela de cuadros–. La niña se asomaba y echaba un vistazo dentro. A veces se oía una voz frágil pero amistosa que decía: «¡Entra, Girasol!».

Pero ella meneaba la cabeza y se quedaba un instante en el umbral antes de salir corriendo en dirección contraria. Prefería hablar con la flor dorada del crisantemo, con un cuervo posado en una rama, con las preciosas mariposas que recorrían las hojas.

Por la noche, a la luz tenue de un farol, su padre parecía hundido en la tristeza. Muchas veces, después de cenar con Girasol, tenía que dejarla de nuevo para acudir a una asamblea. Siempre estaba yendo a reuniones. Girasol no entendía por qué, después de trabajar todo el día, debía volver a salir. Ella llevaba mucho tiempo sola. Le hubiera encantado que no se marchara, dejándola a solas con el rumor de las cañas que crujían con el viento. Quería reposar la cabeza en su brazo y oír un cuento mientras él la apretaba muy fuerte, pero tenía que esperar. Más tarde, cuando no hubiera luces encendidas, hablarían y sería el momento más hermoso y feliz de todo el día.

No pasaba mucho tiempo antes de que su padre regresara a casa tambaleándose, agotado. Empezaba a contarle un cuento, sí, pero no lograba pronunciar más que un par

de frases antes de empezar a cabecear. Girasol se quedaba sin saber cómo continuaba la historia, pero no se enfadaba: miraba a su alrededor en silencio, aspirando el olor de su padre, esperando a que la venciera el sueño. Levantaba a veces la manita y acariciaba el rostro áspero, sin afeitarse, mientras roncaba. A lo lejos se oían ladridos de perros, tal vez de Damaidi, al otro lado del río, o de aún más lejos: de Youmadi o incluso de Daoxiangdu.

Y así pasaban los días, uno tras otro.

Muy pronto, el río empezó a ser el lugar favorito de Girasol. Se pasaba la mayor parte del día allí, contemplando el pueblo de Damaidi rodeado por el cañaveral. El humo de las cocinas, el mugido de los búfalos, el ladrido de los perros y las voces alegres... Todo aquello la atraía hasta la orilla. Especialmente le fascinaban los niños y sus risas felices. Aquel mundo parecía tan alegre...

Entre Girasol y el pueblo se encontraba el río, uno enorme, sin principio ni fin, que fluía sin detenerse jamás. Los juncos lo flanqueaban, montando guardia a lo largo de su recorrido de este a oeste. El río y las cañas cuchicheaban como si fueran viejos amigos, retorciéndose y doblándose de risa. Día tras día, mes tras mes, año tras año, juguetaban sin descanso.

¡Cuánto le gustaba aquel río! Lo veía correr, seguía sus ondas y sus olas, contemplaba los patos silvestres y las hojas caídas que arrastraba, las barcas de diferentes tamaños que subían y bajaban la corriente, el sol del mediodía pintado en oro sobre las aguas y el sol poniente que las teñía de rojo, observaba los saltos de los peces que cortaban la superficie verde y trazaban arcos en el cielo azul antes de sumergirse de nuevo en el agua...

Y al otro lado del río estaba Damaidi. Girasol se sentaba al pie de un viejo olmo y miraba el agua en silencio. La gente que pasaba en barca divisaba su diminuta silueta y sentía la inmensidad del cielo y la tierra, un paisaje descomunal que carecía de fin.



Un día, estando Girasol en el río, Damaidi le pareció un enorme barco varado en el cañaveral del lado opuesto. Vio dos montones de heno tan altos como montañas, uno a la izquierda y otro a la derecha. Contempló un cinamomo florecido con nubes de color lila en las ramas; los copos, de un blanco lechoso, se alzaban en el cielo como el humo de las cocinas y descendían después hasta los juncos. Los perros corrían por las calles y un gallo cacareó desde lo alto de una morera a la que había subido volando. Las risas de los niños llenaban el aire.

Girasol deseó más que nada poder cruzar. Se giró a contemplar la barquita que estaba atada al viejo olmo; la había visto al llegar, meciéndose sobre el agua como si intentara atraer su atención. Una idea germinó en su mente igual que una semilla y creció como un brote de hierba que rompe la tierra húmeda. A medida que el tallo se agitaba con la brisa primaveral, la idea tomó forma: «Subiré a la barca e iré a Damaidi».

¿Se atrevería a hacerlo? Volvió la vista hacia la escuela de cuadros y después contempló la barquita con nerviosismo. No había ningún embarcadero, solamente un terraplén de hierba bastante empinado que llegaba hasta la orilla. ¿Podría bajar por ahí? Titubeó unos instantes antes de encaminarse hacia el terraplén. Se agarró a los

matojos de hierba con las dos manos y buscó un sitio donde apoyar los pies. Poco a poco, pero sin pausa, inició el descenso.

Los barcos pasaban a lo lejos, llevados por la brisa. Si alguien se hubiera fijado en ella, se habría alarmado, pero tampoco habría podido hacer nada por ayudarla. Girasol fue descendiendo, empapada de sudor, oyendo el borboteo cantarín del agua bajo sus pies, aferrando la hierba con toda la fuerza de sus pequeñas manos.

Pasó un barco de vela. Al ver a una niña tan pequeña reptando por el terraplén como una lagartija, el hombre que estaba al timón la llamó. Después, pensando que podría asustarla y hacerla caer, dejó de gritar, aunque se mantuvo atento, preocupado por ella hasta que la perdió de vista en su barca. Al otro lado del río había también un búfalo que emitía un ronquido extraño, como el silbido de una fábrica. Girasol intentaba concentrarse en lo que hacía.

De pronto notó que la tierra cedía bajo sus pies. Se agarró a las hierbas, pero estas se desarraigaron en sus manos y no había nada a lo que aferrarse, nada que impidiera que resbalara hacia abajo. Aterrada, cerró los ojos... Entonces se detuvo: su pie había topado con un arbolito. Se apretó contra el terraplén; no se atrevía a moverse. Oía el agua corriente bajo sus pies. Levantó la cabeza muy despacio; no sabía si trepar de nuevo o seguir bajando. Lo único que quería era que alguien llegara para ayudarla, sobre todo su padre. Hundió la cara en la hierba de nuevo y se sujetó con fuerza.

El sol estaba muy alto y notaba calor en la espalda. Sopló una brisa suave y mansa como el correr del agua,

y Girasol empezó a cantar. No cantaba una canción de la ciudad, sino una que había oído a los niños de la aldea. Estuvo un día entero sentada en la orilla oyendo cómo cantaban al otro lado del río. No los veía bien a causa de los altos juncos, pero de vez en cuando distinguía sus ropas cuando se movían; eran como manchas rojas y verdes. Le pareció que estaban recogiendo hojas de caña. Pronto aprendió aquella canción de memoria y ahora, cuando los veía al otro lado del río, la cantaba para ellos. Era una melodía preciosa. Girasol empezó a cantar con la voz temblorosa:

*Los pasteles de arroz huelen dulce,
su aroma llena la cocina.
Las hojas huelen tan dulce,
su aroma llena la casa...*

Su voz era tenue, apagada por la tierra húmeda.

Mientras cantaba, tomó una decisión: llegaría a Damaidi costara lo que costara. Volvió a buscar apoyos en el terraplén y empezó a descender: en poco tiempo estaba tocando el suave borde del río. Dio un par de pasos hacia delante y el agua corrió sobre sus pies. Le provocó un escalofrío que atravesó todo su cuerpo, y contuvo un grito.

La barquita seguía balanceándose a un lado y al otro. Girasol subió a bordo. Luego se quedó sentada, mecándose al tiempo que la barca, llena de alegría. No había prisa...

Pero cuando se sintió dispuesta a navegar, se dio cuenta de que no había ningún palo ni remo. Contempló la cuerda que amarraba la barca firmemente al viejo olmo y sus-

piró de alivio: si la hubiera desatado antes de subir, ahora iría a la deriva, empujada por la corriente.

Bueno, aquel día no podría ir a Damaidi, después de todo, pensó con amargura. Sin un remo o un palo, lo único que podía hacer era quedarse sentada en la barca y contemplar el río.

De pronto, notó que se movía. Alzó la vista y vio que la cuerda se había soltado y se arrastraba tras la barca como si fuera una cola muy larga y fina. Rápidamente intentó tirar de ella; pero al darse cuenta de que era inútil, la soltó de nuevo en el agua. Entonces vio a un niño de pie en la orilla. Tenía unos once o doce años y se reía de ella como un descosido. Días más tarde sabría cómo se llamaba: Gayu. Era de Damaidi, y su familia llevaba criando patos desde hacía generaciones.

Girasol vio una bandada de patos que salía de los juncos. Eran cientos, y se derramaron en cascada a los pies de Gayu, agitando las alas y graznando. Le hubiera gustado preguntarle por qué había desatado la cuerda, pero no lo hizo: se quedó mirándole con expresión desvalida. Él se rio aún más alto, lo que provocó que los patos se desparramaran por el terraplén hacia el río. Los más listos batieron las alas y echaron a volar para aterrizar en el agua con un chapoteo.

Después de la época de lluvias, el río estaba crecido y hacía que la barquita se balanceara a los lados. Girasol continuó mirando al niño y los ojos se le llenaron de lágrimas. Él se quedó ahí quieto, apoyando la barbilla en el dorso de las manos. Meneaba la lengua de un lado a otro haciéndole burla y sin dejar de mirarla, impasible ante sus lágrimas.

Pero los patos tenían más corazón que aquel niño y se acercaron a la barquita tan rápido como pudieron. Cuando Gayu lo vio, clavó en la tierra la pala que llevaba, levantó un terrón de barro y, sacando pecho y haciendo fuerza con los hombros, lo lanzó con ambas manos para ahuyentarlos. El lodo aterrizó con un sonoro chapoteo justo encima de un pato, que se volvió sorprendido. Batió las alas y graznó con furia antes de echar a nadar en la dirección opuesta. Los demás patos montaron alboroto y lo siguieron. Girasol miró a su alrededor. No veía ni un alma, y continuó llorando.

Gayu se giró entonces y se perdió entre el cañaveral. Regresó a la orilla poco después. Llevaba en la mano un largo palo de bambú, que seguramente habría escondido el dueño de la barca para evitar que se la robaran. Entonces le hizo gestos a Girasol, indicando que se lo iba a lanzar. Los ojos de la niña brillaron de gratitud entre las lágrimas.

El chico se deslizó por el terraplén y descendió hasta el río. Se metió en el agua y empujó el palo de bambú hasta que el extremo estuvo a punto de tocar el bote. Girasol se inclinó para agarrarlo, pero cuando estaba a punto de hacerlo, Gayu se rio y lo retiró lentamente. Ella le miró, con las manos vacías. Las gotas chorreaban de las puntas de sus dedos.

Gayu avanzó hacia el interior del río y empujó de nuevo el palo cerca de ella. Volvió a repetir la broma una y otra vez, acercándole el bambú para arrebatárselo cuando estaba a punto de alcanzarlo, mientras Girasol se esforzaba en contener las lágrimas.

Finalmente, Gayu le hizo un gesto diciéndole que esta vez sí que se lo daba. Ella le creyó. Se inclinó todo lo que

pudo para agarrarlo, pero el chico tiró hacia atrás y Girasol estuvo a punto de caerse, mientras él soltaba una carcajada rugiente. La niña se sentó de nuevo y sollozó angustiada.

Al ver que los patos se habían alejado nadando, Gayu acercó el extremo del palo a la orilla y se apoyó en él para trepar por el terraplén. En dos o tres zancadas estaba de nuevo en lo alto de la cuenca. Miró a Girasol por última vez, sacó el palo de bambú del barro, lo lanzó a las cañas y, sin volver la vista, salió corriendo detrás de sus patos.

La barca, torcida hacia la orilla, empezó a descender río abajo. El viejo olmo fue haciéndose más y más pequeño. Los techos de tejas rojas de la escuela de cuadros desaparecieron poco a poco bajo miles de cañas. Girasol estaba paralizada de miedo. Se quedó sentada en la barca mientras las lágrimas rodaban silenciosamente por sus mejillas. La neblina verde que se abría ante ella se hacía cada vez más densa, y se preguntó hasta dónde la llevaría la corriente.

De vez en cuando pasaba otro barco, pero Girasol apenas se movía. No se levantaba, no agitaba los brazos ni gritaba. Lo máximo que hacía era un gesto con la mano, así que la gente daba por sentado que era una niña divirtiéndose en el río y no le prestaba demasiada atención. Aunque se preguntaran qué hacía ahí, continuaban su camino.

Girasol seguía llorando, deseando que apareciera su padre. Un pájaro blanco solitario salió volando del cañaveral. Pareció percibir que pasaba algo raro, porque se quedó encima del agua planeando bajo y despacio, no muy lejos de la barca. Girasol contempló sus largas alas

y las plumas finas del pecho, que se agitaban con la brisa. El pájaro tenía el cuello delgado, el pico dorado y las patas de un rojo brillante. De vez en cuando ladeaba la cabeza y la contemplaba con sus ojos pardos.

El barco flotaba en el agua y el ave se alzó en lo alto. Entre el cielo y la tierra, todo estaba silencioso y en calma.

De pronto, el pájaro se posó en la barca. Era muy grande y parecía orgulloso y altivo. Girasol lo miró en silencio, como si se conocieran desde hacía mucho tiempo. Se contemplaron largamente, sin que ninguno de los dos emitiera un sonido. Solo se escuchaba el chapoteo del río.

Pero el pájaro no podía quedarse con ella; debía partir. Bajó la cabeza con elegancia, batió las alas, se lanzó hacia delante y voló hacia el sur. Girasol vio cómo desaparecía a lo lejos y luego miró al río. No veía el final del agua y las lágrimas acudieron de nuevo a sus ojos.

No demasiado lejos, en lo alto de la cuenca, había un chico con un búfalo que pastaba. El niño, que cortaba hierba mientras el animal comía, se dio cuenta de que la barquita iba a la deriva y dejó de trabajar. Se quedó quieto, con la guadaña en la mano, mirándola.

Girasol también lo vio. Y aunque no distinguía claramente la cara del muchacho, notó de pronto una extraña sensación de alivio y la esperanza se abrió camino en su interior. Se levantó y lo miró con fijeza.

La brisa removió el pelo negro y despeinado del chico, y le tapó la cara. Tenía los ojos brillantes y, según se acercaba el bote, notó que se le aceleraba el corazón. El búfalo, que tenía unos cuernos muy largos, dejó de pastar y se quedó de pie junto a su amo, contemplando a la niña

de la barquita. El chico se imaginó de inmediato lo que había pasado. Agarró la cuerda del búfalo y se acercó al río.

Girasol había dejado de llorar. Los surcos de lágrimas de su cara se habían secado con el viento y notaba la piel tirante.

El chico se agarró al pelo largo de la espalda del búfalo y se montó encima. A horcajadas sobre el animal, contempló el río, la barca y la niña. Girasol tuvo que levantar la cabeza para verlo: estaba recortado contra el cielo azul y las nubes blancas. No distinguía claramente sus ojos, pero le dio la impresión de que eran muy brillantes, como las estrellas en la noche.

Girasol supo que aquel chico iba a rescatarla. Ella no le había llamado; no le había hecho ningún gesto para pedir ayuda. Solo se había quedado mirándole, y a él le había bastado con eso.

El chico le dio al búfalo una fuerte palmada en la grupa. Este descendió obedientemente hasta el río. Girasol vio cómo el chico y el búfalo se iban hundiendo en el agua a cada paso que daba el animal. Muy pronto, la bestia estuvo totalmente sumergida, salvo las orejas, el morro, los ojos y la cresta de la columna, que apenas eran visibles por encima de la superficie del agua. El niño se mantuvo bien sujeto, con los pantalones empapados.

El barco y el búfalo, y el niño y la niña, se fueron acercando.

Los ojos del chico eran tan grandes y brillantes que Girasol supo que los recordaría el resto de su vida. El búfalo se acercó a la barquita y sacudió las orejas, salpicando de agua a Girasol, que cerró los ojos y se tapó la cara con las manos. Cuando las apartó, el niño y el animal ya esta-

ban en la popa. El chico se echó hacia delante y agarró la maroma que flotaba en el agua. Girasol notó un tirón y la barca se detuvo de pronto.

El niño ató la cuerda en torno a los cuernos del búfalo y le hizo un gesto a Girasol para que se mantuviera sentada. Luego le dio unas palmadas al animal en la cabeza y este se puso en marcha en dirección a la orilla, con el chico sobre su lomo y Girasol sentada en la barca tras ellos.

Durante un rato, tanto el búfalo como las piernas del chico se mantuvieron bajo el agua. Girasol no dejaba de mirarle la espalda –tan recta, tan fuerte– y la nuca, brillante y redonda. El búfalo empujó por el río; el agua se abrió ante su cabeza y se cerraba tras su lomo, para abrirse de nuevo alrededor del chico y fluir sobre la grupa antes de chocar contra la barca.

El búfalo llevó el bote a ritmo constante aguas arriba, de regreso al viejo olmo. Girasol ya no tenía miedo. Se quedó sentada en la barca y contempló encantada el paisaje que se abrió ante ella. El agua ondulada centelleaba como el oro bajo el sol. El cañaveral de ambos lados también resplandecía bajo la luz. Cuando una nube tapaba el sol, el cielo se oscurecía, el brillo dorado se desvanecía y el río pasaba a ser una masa azul oscura; pero cuando la nube se apartaba, el resplandor del cañaveral era más brillante y nítido, más deslumbrante que antes. Si los jirones de nubes pequeñas cruzaban el sol, aparecían rayas entre los juncos, de color esmeralda bajo la luz, verde oscuro en las zonas umbrías. A lo lejos, el cañaveral parecía negro. Las nubes, el sol, el agua y las cañas interminables cambiaban a cada instante, y Girasol estaba encantada.



Entonces, el búfalo resopló y la trajo a la realidad. Había una caña larga con un extremo plumoso flotando en el río y el chico se inclinó, la agarró y la levantó igual que si fuera una bandera. Parecía un pincel gigantesco con la punta húmeda ondeando hacia el cielo. La brisa ahuecó el copo plumoso y este brilló como la plata.

Cuando se acercaron al viejo olmo, apareció Gayu con su bandada de patos. Estaba encima de una balsa con un largo palo y podía ir adonde se le antojara. Al ver el búfalo y la barquita, se dobló de risa, y sus carcajadas roncas fueron muy semejantes al graznido de sus patos. Se tumbó en la balsa, apoyó la cabeza en la mano y los vio pasar: la barca, el búfalo, el niño y la niña.

El chico ni siquiera le echó una mirada a Gayu. Lo único que le preocupaba era que el búfalo siguiera avanzando y llevara la barquita hasta el olmo.

El padre de Girasol estaba en lo alto del terraplén y los miraba muy nervioso. Cuando llegaron a la orilla, el chico ató la cuerda al olmo sin bajarse del búfalo. Después desmontó y tiró de la barquita para acercarla al borde.

Girasol saltó y trepó por la pendiente para llegar hasta su padre, que se agachó para recibirla entre sus brazos. La tierra estaba suelta y la niña luchaba por encontrar un asidero cuando el chico se acercó y le dio un empujón por detrás. Girasol extendió las manos y agarró las de su padre, que la levantó de un tirón.

Girasol se volvió hacia el niño, el búfalo y la barca. Las lágrimas corrían de nuevo por su rostro, y su padre, de rodillas, la estrechó entre sus brazos, intentando tranquilizarla. Entonces se fijó en que el chico los estaba mi-

rando. Tuvo una sensación extraña y la mano que palmeaba la espalda de Girasol se quedó congelada.

El chico se giró y regresó hacia el búfalo.

–¿Cómo te llamas, chico? –le preguntó el hombre.

El niño se volvió hacia ellos, pero no contestó.

–¿Cómo te llamas? –repitió el padre de Girasol.

De pronto, el chico se sonrojó, bajó la cabeza y siguió andando.

–Se llama Bronce. ¡No puede hablar, es mudo! –gritó Gayu.

El chico se montó en el búfalo y descendió de nuevo por el río. Girasol y su padre se le quedaron mirando hasta que desapareció.

De camino a la escuela de cuadros, el padre de Girasol parecía sumido en sus pensamientos. Casi habían llegado cuando, de pronto, le agarró la mano a la niña y volvió corriendo a la orilla. El chico se había marchado con su búfalo. Tampoco estaba Gayu con sus patos; solo se veía el río que corría incesante.

Esa noche, cuando apagó la luz, el padre de Girasol murmuró:

–Es increíble lo mucho que se parecía a tu hermano.

Girasol ya le había oído hablar de su hermano. Había muerto de meningitis con tres años y ella no lo había conocido; fue antes de que naciera. Recostó la cabeza contra el brazo de su padre y se quedó mirando la oscuridad durante largo rato.

A lo lejos se oían el débil murmullo del río y los ladridos de los perros de Damaidi.